

Orgullo de ser Negro

Hildebrando Chaviano Montes
 Abogado y periodista independiente
 Miembro de la *Corriente Agramontista de
 abogados independientes*
 La Habana, Cuba

A l igual que un día dedicado a la mujer y otro llamado del orgullo gay, podría considerarse la celebración del Día del Orgullo Negro, así, sin adornos, no el Día de los Ciudadanos Negros ni de los Ciudadanos de Color [¿qué color?]

Hace muchos años un músico norteamericano, al iniciar su presentación ante la Reina de Inglaterra, declaró: “Lo digo alto; soy negro, y estoy orgulloso de ello”. A continuación tocó la trompeta y cantó con su voz ronca inigualable, que estremeció a la realeza y a la más rancia aristocracia británica. Louis Armstrong no estaba entre los cánones de belleza occidentales, pero era un paradigma de ser humano. Su arte y su color iban de la mano y dignificó tanto al uno como al otro.

¿Qué diríamos de los negros que no quieren ser negros? Ni qué decir de los que, si van a ingresar a la organización religiosa Abakuá, quieren ser *bongorí*, porque es un plante para blancos y personas de color con “buena presencia”, donde no cabría Armstrong.

Está muy bien eso de sentir orgullo de ser negro, pero ¿qué del orgullo de toda una raza por cada uno de sus hijos? En la relación de grupo entre los miembros de una etnia o raza, los componentes se afectan recíprocamente, a la vez que afectan al resto de la sociedad. El grupo se proyecta hacia afuera tanto de forma individual como de conjunto, y la apreciación por los demás influye de cierta manera en cómo nos vemos a nosotros mismos. Yo le llamaría el síndrome del espejo: dejo de ser yo para convertirme en mi reflejo.

Entre los mismos negros, al pelo lanudo (*pasa*) se le llama “*pelo malo*”, solo porque no se mueve con el viento; el más oscurito de los hermanos se considera “*atrasado*”, aunque sea el único universitario de la familia. Y el que hace las cosas bien, las hace “*como los blancos*”. Una de mis bisabuelas, natural de África y bastante oscura de piel, aunque liberta, tuvo un hijo —mi abuelo materno— con el señor dueño de las tierras. La alegría se apoderó de todas las amigas que, como africanas al fin y al cabo, celebraron el acontecimiento con cánticos: “Luisa parió mulato caballeros, aeéh, Luisa parió mulato”. En esa época, si el dichoso vástago hubiera nacido negro como la madre, se habría dicho de ella que tenía el vientre “*sucio*”.

La relación individuo-raza, en el caso de los negros, debe trascender el cómo me ven los demás para convertirse en cómo me veo a mi mismo por quien soy y no por lo que soy. Hay grupos raciales que en su apariencia física no se diferencian mucho de sus vecinos (judíos y palestinos, ingleses e irlandeses, españoles y vascos, hutus y tutsis, y así a todo lo largo y ancho de la geografía mundial), pero a pesar de su parecido físico se han odiado a muerte durante centurias por razones que van desde la religión y la lengua hasta el largo de las orejas, que puede ser suficiente para destriparse unos a otros con entusiasmo demencial. Sin embargo, a los negros, fuera del entorno del África subsahariana, es fácil identificarlos desde lejos por el color de la piel, los labios gruesos y el bendito cabello quieto.

A partir de esas diferencias inocultables, se establece toda una serie de cánones prejuiciados que pretenden dar calificación absoluta al negro

como individuo, sin tener en cuenta que, en el desarrollo de la nacionalidad, las razas se han mimetizado, entremezclado y pulido entre sí. Al mismo tiempo, la afinidad de valores culturales y religiosos da como resultado una cultura sincrética, que vuelve artificial cualquier tipo de discriminación.

El aporte de la persona negra a la construcción de la nación es indudable y no hay que bajar la cabeza porque haya negros que nos hagan sentir vergüenza ajena. Eso también ocurre frecuentemente con los blancos. El comportamiento antisocial, desagradable o impertinente no es privativo de un grupo social o racial determinado. Al igual que los valores culturales, los vicios y las actitudes escandalosas se tornan comunes.

En este intercambio, junto a las negras con el cabello química y dolorosamente desrizado, vemos blancos que hablan con voz de negro, bailan rumba y muestran con orgullo los collares multicolores de los orishas africanos. En las marchas, turbas y comparsas, van todos mezclados, como diría el poeta Nicolás Guillén.

La sociedad se levanta como una pared formada por ladrillos de diferentes colores, donde todos son imprescindibles. Podemos sentir el orgullo de ser imprescindibles. La comunidad depende de los prietos en la misma medida que depende de los claritos. Un negro que gesticula en una esquina mientras habla con los amigos, puede ser un pediatra que terminó su guardia o un albañil que acaba de recoger el nieto en la escuela.

Antonio Maceo, Brindis de Salas, Jesús Menéndez, Juan Gualberto Gómez, Sara Gómez, Ignacio Villa, Celia Cruz, Benny Moré, Arsenio Rodríguez y Carlos Acosta, son figuras cuya visibilidad es inobjetable por la importancia que tuvieron en sus respectivos papeles para nuestra historia patria. Pero también son evidentes los miles de constructores anónimos, mayoritariamente negros, que trabajaron en obras como la Carretera Central, el Capitolio Nacional, el Palacio Presidencial, el Túnel de la Bahía de La Habana y los dos que atraviesan el Río Almendares, el Malecón habanero y cualquier lugar donde se detenga nuestra mirada.

En fin, eran de tez oscura los brazos que alzaron la ciudad de La Habana para convertirla en joya de la arquitectura urbanística de América; los artesanos y artistas que embellecieron y alegraron con su virtuosismo los palacios y plazas de la Cuba colonial y republicana, así como los cortadores de caña sobre los que descansaba el peso de la economía del país.

Habrà que esperar no se sabe cuánto tiempo para enseñar en las escuelas, como asignatura obligatoria, el aporte de hombres y mujeres de la raza negra al país de todos; está pendiente el desagravio, el reconocimiento oficial y público de que, lejos de constituir una amenaza para la sociedad, los afrodescendientes cubanos han vertido su sangre, su sudor y su talento en la construcción de la nación.

No es suficiente el tratamiento paternalista del tema de la esclavitud, como parte de la asignatura Historia de Cuba, que con imagen enseñada en las escuelas ha arraigado en la conciencia de los cubanos de todas las razas, provocando sentimientos que van de la lástima al menosprecio.

Los niños de raza negra crecen convencidos de su poca valía por ser descendientes de esclavos, en deuda eterna con un padre blanco que les dio la libertad. Además de con esta versión facilista y tergiversada de la historia, son educados en el concepto fatalista de que no hay futuro para ellos. Son personas no importantes, excepto como deportistas o músicos. Bien pudiera ser esta una de las razones por las que gran número de jóvenes negros no se sienten estimulados a cursar estudios universitarios, o de la supuesta inclinación innata de los negros a la violencia y al irrespeto de los cánones establecidos.

Las cadenas ahora son mentales, pero pesan igual. La noción de herencia esclava, enseñada en las escuelas, fija en las conciencias el lugar que cada cual va a ocupar en la escala social y del que no podrá escapar. El escamoteo deliberado de los motivos de orgullo de una raza, mientras se insiste en la actitud de tolerancia paternalista por otra económicamente dominante, es racismo.